



“ Están en la ruta del narco Terrorismo, pero aún es posible detenerlo ”

Por Pedro Díaz G.
pedrodiazg@m-x.com.mx

Al Estado –dice el investigador Román David Ortiz Marina, desde Cartagena, Colombia– se le ataca de dos maneras: vulnerando a las fuerzas de seguridad, a la policía o al ejército, y evidenciando su incapacidad para proteger a la sociedad, lo que le provoca una crisis de legitimidad. Ese es el principio del terrorismo.

Eso sucede en México, analiza el politólogo, profesor e investigador del Centro de Estudios de Desarrollo Económico de la Universidad de los Andes, en Bogotá, Colombia, y cuyo tema principal de estudio es el terrorismo.

Las dos granadas que estallaron en Morelia la noche del 15 de septiembre es el primer ataque directo a la población.

¿Qué circunstancias explican que hayan decidido atacar a la población civil? De ello habla, vía telefónica, el catedrático:

–Los criminales utilizan violencia para proteger sus negocios y para ganar espacios entre otros criminales. Para competir entre ellos. Y “en condiciones normales” la mayor parte de la violencia está dirigida a ajustes de cuentas entre ellos o a combatir a las fuerzas de seguridad. Pero cuando hablamos de terrorismo indiscriminado, es otra cosa: lo que ellos han hecho es amenazar y atacar al Estado.

–Ya en los meses anteriores México ha vivido la aparición de cuerpos decapitados, ejecutados; se utilizan cadáveres para dejar mensajes; ya hubo narcomantas, y ahora hacen estallar las granadas...

–Atacar a la ciudadanía de manera indiscriminada es una forma de quebrar la credibilidad del Estado entre la población; es demostrar que el Estado es incapaz de protegerla.

–¿Es el mismo esquema que siguieron los narcos colombianos?

–Sí, con Pablo Escobar. Los grandes ataques terroristas en las zonas urbanas en Colombia han sido cometidos por crimen organizado. Dos ejemplos: el ataque contra un centro comercial por el cartel de Medellín durante la campaña lanzada por Los Extraditables a finales de los 80, y luego un ataque contra la sede de la agencia de inteligencia civil colombiana, el DAS, con un autobús cargado de explosivos que prácticamente demolió el edificio donde esta agencia tenía su sede.



Otra perspectiva sobre la situación en México es la que tiene Jorge Andrés Restrepo Torres, profesor de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y ex asesor de la Presidencia de Colombia.

–Podemos comenzar –indica Restrepo– con que el crimen organizado

encuentra un activo muy importante en la generación de terror. Y eso es lo que está sucediendo en México: estas masacres, las atrocidades con los cuerpos de las personas asesinadas, el uso de explosivos, de granadas, lo que buscan es generar terror; intentan doblegar a la sociedad en su voluntad de lucha.

Jorge Alberto Restrepo es doctor en Economía por la Royal Holloway Universidad de Londres. Sus áreas de interés son el análisis económico de conflictos y violencia.

Agrega: “Aquí en Colombia a fines de los 80 y principios de los 90, vivimos una época terrible conocida como narcoterrorismo, que se inició con el mismo tipo de comportamientos y que terminó en grandes atentados con explosivos en las ciudades, cuando se instauró una de las pocas armas efectivas contra las mafias del narco: la extradición de los *capos* a EU”.

–¿Qué circunstancias debieron darse para que hayan decidido atacar a la población civil?

–Estamos en democracias, imperfectas y todo, pero finalmente la voluntad del soberano va a ser la que va a determinar la agenda pública. Esto lo saben los del crimen organizado. En primer lugar empezarán por tratar de doblegar a algunas administraciones locales y llegarán a lo nacional. Eso sucede en México: el crimen organizado busca utilizar el terrorismo no

solamente para doblegar a las otras mafias, para controlar, por ejemplo, rutas, sino a la sociedad misma en su voluntad para luchar contra el crimen organizado.

—¿Así comenzó en Colombia el desafío al Estado?

—Tuvo elementos muy parecidos. Acá tenemos un problema más complejo porque existe un conflicto armado interno asociado a la guerrilla. Si algo nos diferencia con México es que allá la guerrilla aún no se ha metido en el negocio del narcotráfico, y aquí, por el contrario, el narcotráfico sí ha integrado a todos los grupos de conflicto. Esa es una gran diferencia. Pero hay similitudes entre los países; de manera que este término de la colombianización de México es absolutamente cierto.



—¿Qué es lo que sigue? ¿Para qué nos debemos preparar?

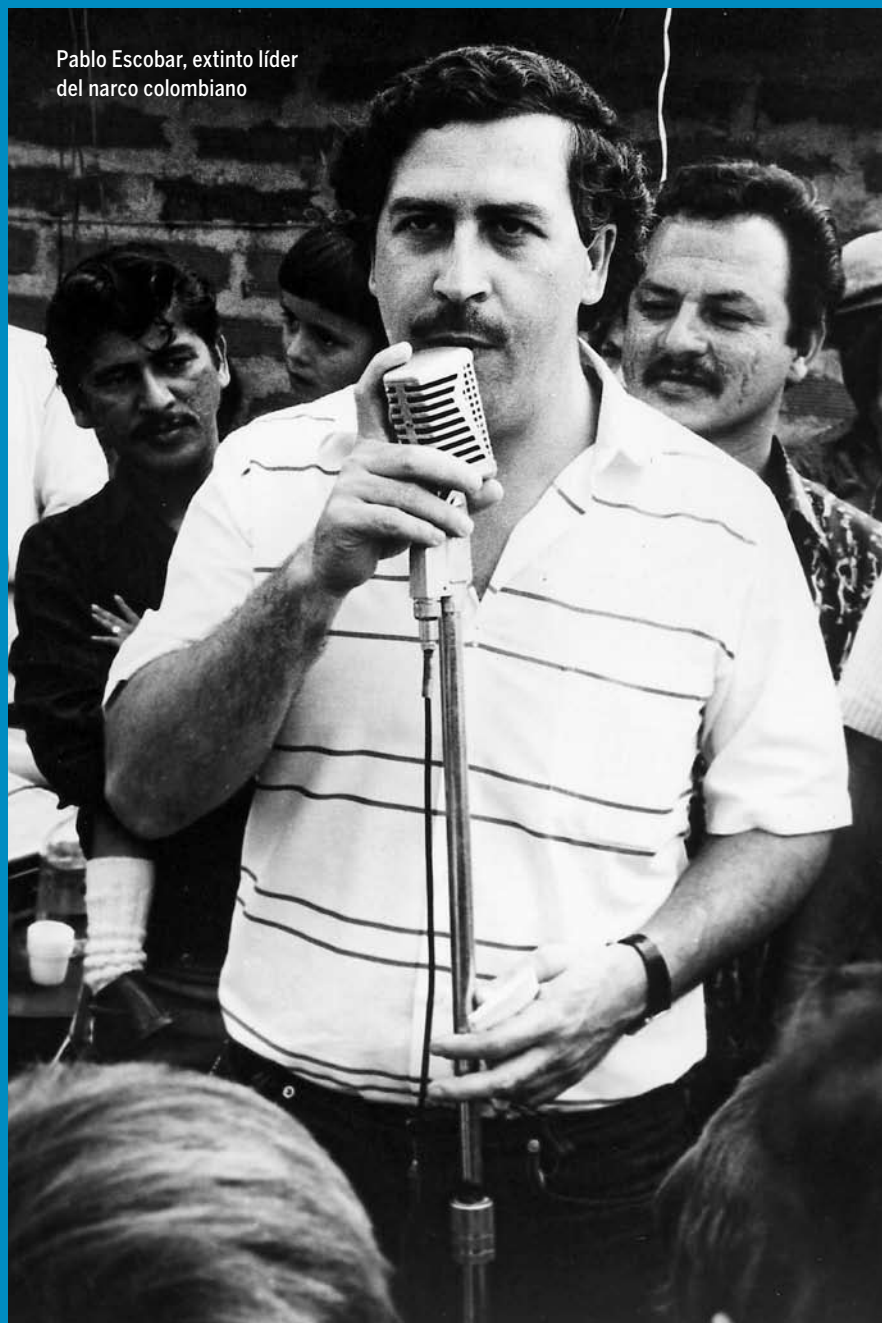
La apreciación de Román David Ortiz Marina, quien ha sido coordinador del Observatorio de Seguridad y Defensa en América Latina, del Instituto Universitario Ortega y Gasset, no es triunfalista:

—Hay varios factores que indican que esto seguirá adelante. Los narcos tienen los recursos técnicos instalados, las armas y los individuos dispuestos a utilizarlas. Además, el Estado no ha dado señales de ser capaz de capturar y castigar a los culpables. Y eso es muy importante, porque cuando el Estado es eficiente genera un efecto disuasivo: los criminales no hacen ciertas cosas porque saben que se van a convertir en prioridad para las fuerzas de seguridad y van a ser capturados o dados de baja. Y prefieren no convertirse en una prioridad para la seguridad nacional.

Pero hay la percepción de que el Estado mexicano no es capaz de enfrentar con eficacia a los criminales, éstos se sienten impunes y con un margen de maniobra mayor para ejercer la violencia. Es previsible, en consecuencia, que esta violencia avance.

—¿Cómo leer los atentados con granadas, qué significan?

—Hemos visto eso antes en Italia y en Colombia y hay algunas cosas interesantes, como la capacidad militar del grupo: tienen armamento de guerra y esto, aunque es algo que sabíamos, es la confirmación de que lo tienen y



Pablo Escobar, extinto líder del narco colombiano

están dispuestos a usarlo. Eso implica problemas, para empezar: vamos a tener que proteger a la población y a las fuerzas de seguridad de una amenaza más alta. Serán necesarios procedimientos tácticos nuevos, mejor entrenamiento y medidas de seguridad más fuertes. Y eso cuesta.

—¿Cómo impactan en la sociedad de manera inmediata?

—El impacto de una campaña terrorista tiene tres variables: la intensidad de los ataques, su frecuencia y la

duración de la campaña. La campaña que lanzó Escobar a finales de los 80 fue demoledora porque el Estado colombiano y las fuerzas de seguridad no estaban preparados. Escobar tuvo capacidad para provocar en la gente la desmoralización y que se le concediera al capo lo que quería: que no lo extraditaran a Estados Unidos a cambio de que cesase la violencia.

Cuando él huyó de la cárcel y fue perseguido las condiciones habían cambiado y finalmente el Estado de-

rrotó a Escobar, quien fue dado de baja en 1993, pero durante los periodos más duros de la campaña terrorista la voluntad de la opinión pública para continuar combatiendo el crimen estuvo a punto de quebrarse en algunos momentos.

Ortiz Marina ha publicado algunos libros como *Insurgent Strategies in the Post Cold War: the case of the Revolutionary Armed Forces of Colombia*, *Studies in Conflict and Terrorism*, o *Las nuevas guerras civiles*, entre otros.

—¿Cómo se prepara a la población civil para estos nuevos escenarios?

—Hay que encontrar un punto de equilibrio entre generar alerta pero sin generar paranoia. Es clave que la población colabore: denunciando, estando pendientes de movimientos que consideren sospechosos en términos de posibles actos de violencia o ataques terroristas, pero al mismo tiempo es muy malo que se cree una sicosis tan grande que todo el mundo vea un potencial criminal o un potencial terrorista en torno suyo. Y eso es malo no sólo en términos de derecho, sino operativos, porque el número de denuncias se multiplica de tal manera que el aparato de inteligencia para procesar esa información, analizarla y convertirla en decisiones operativas colapsa.



¿Qué sigue? Responde el profesor Jorge Alberto Restrepo:

—Es muy importante que haya una muy clara comunicación por parte de la dirigencia mexicana; no sólo un compromiso de los políticos, sino los académicos, la iglesia, la sociedad civil, para construir instituciones que no se dejen corromper. Esta es una lucha muy difícil porque el poder corruptor del narcotráfico es incalculable.

Construir instituciones que no sean represivas es la clave; el gobierno mexicano cayó en la tentación de involucrar a instituciones que están hechas para otro tipo de funciones y objetivos, como el ejército. Las fuerzas militares poco tienen que hacer en contra del narcotráfico. Este es un problema de policía judicial, de construir instituciones impermeables al poder corruptor del narco. Un cuerpo elite que sea capaz de destruir estos carteles.

Pero es necesario mucho apoyo político y social: las instituciones de-

ben ser limpias y no deben ser represivas. No deben ser unas fuerzas militares masivas que se vayan a reprimir al vendedor callejero. Es el crimen organizado y sus principales y mayores responsables quienes deben estar en la mira de las autoridades.

—¿Y estamos a tiempo?

—Sí: van a tener que hacerlo antes de que haya mayor violencia. Pero no hay que armar a la sociedad, no hay que sacar al ejército a las calles, no hay que criminalizar a los consumidores, esas tres opciones, que normalmente son las que se siguen en América Latina, no son la respuesta. Lo es el uso inteligente del aparato judicial y de las leyes. Es con organización, inteligencia y con un aparato incorruptible como se debe empeazar. Aquí en Colombia lo primero que se hizo fue limpiar y mantener a un cuerpo elite que tenía alcance a nivel nacional. Esa fue la clave.

—¿Qué errores cometió Colombia y que México pudiera evitar?

—Sacar al ejército a las calles es ya el primer error. Los ciudadanos se sienten inseguros ante esto; lo que hay que hacer es mostrarles que la seguridad proviene de las instituciones y no de un aparato que puede volverse más inseguro para sus conciudadanos. Otro error que cometimos fue militarizar el problema: el narcotráfico no es un problema militar. Ese es un error que no puede cometer México. Es un error porque lo único que uno hace es exponer al aparato militar de defensa del Estado a un poder corruptor y a otras labores de vigilancia y policía judicial que no le competen. Y hay otro error que hemos cometido aquí, que es desatender la administración de justicia a nivel local. Nos concentramos muchísimo en mantener estos cuerpos nacionales limpios, pero cuando uno acaba con un cartel, inmediatamente surge otro. Esto es una lucha de largo aliento.

Aquí en Colombia pensamos que acabando con Escobar acabaríamos con el narcotráfico... Y eso no es así.



¿Está México a tiempo de revertir esta situación?

Responde Román David López:

—Por supuesto que sí. Hay una serie de capacidades que deben mejorar: la capacidad para recolectar inteligencia y para procesarla, mejorar

la coordinación entre las fuerzas de seguridad, más cooperación de la ciudadanía y de los medios de comunicación, mejorar la calidad de las fuerzas de seguridad, y todo esto apoyado en más equipos, más entrenamientos y estrategias más adecuadas, tratando de golpear a las bandas criminales en aquellos eslabones que son particularmente importantes; esos puntos que acaban con su capacidad para generar recursos y acaban también con su capacidad para reproducirse en el futuro. Todo esto se tiene que hacer, pero antes de que se note mejoría va a pasar mucho tiempo.

—¿Cómo puede México evitar errores?

—Es imposible evitar errores. Pero hay una serie de puntos clave que aquí se han aprendido.

Número uno: mejorar la coordinación entre las fuerzas de seguridad. Eso ahorra recursos y mejora el desempeño de las fuerzas. Eso es importante en países con una estructura constitucional descentralizada. Colombia tiene un grado de descentralización elevado, pero México lo tiene todavía más elevado.

La segunda cuestión es mejorar la capacidad para recolectar inteligencia, pero también mejorar la capacidad para analizarla. Eso quiere decir que hay que formar analistas, entrenarlos y darles capacitación.

En tercer lugar hay que mejorar la contrainteligencia, o sea: prevenir la infiltración y la corrupción de las fuerzas de seguridad, primero, y el resto del aparato del Estado, después.

La cuarta pieza clave es hacer reformas legales que, por una parte, castiguen con más dureza a los criminales, pero que también abran puertas a la posibilidad de que algunos de ellos se arrepientan y cooperen con la justicia.

Buscar a los *capos* como objetivos primarios suele no ser la mejor opción en el corto plazo, porque van a estar siempre muy bien protegidos por su anillo de lugartenientes, quienes se encargan de hacer las tareas riesgosas. Es fundamental golpear a ese anillo de colaboradores y de lugartenientes, entre otras cosas porque así se está acabando con el futuro de la organización, pues son esos segundos niveles los que van a reemplazar al capo en algún momento. ¶